

El Historiador y los indicios del pasado: Entrevista a Mirta Zaida Lobato

Por Maximiliano Von Thungen y Javier Magdalena, alumnos de la Licenciatura en Historia (UTDT)

Mirta Zaida Lobato es doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es profesora e investigadora en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Su área de investigación es el mundo del trabajo, la cultura obrera y las relaciones de género. Es fundadora y miembro del Consejo de Dirección de *Entrepasados* (Revista de Historia) y de *Mora* (Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género). Entre sus publicaciones más destacadas se encuentran *Historia de las trabajadoras en la Argentina, 1869-1960* (Edhasa, 2007) y *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)* (Prometeo, 2001 y 2004).

¿Por qué decidió dedicarse a la historia? ¿Cómo fue ese momento?

Mirta Lobato: Bueno, la vida siempre es azarosa, yo no elegí estudiar historia al principio. Elegí medicina porque pensaba que la medicina tenía algún grado de intervención en el plano social, pero también pienso que debe haber sido por “status”: yo vengo de un pueblo, de una familia de clase popular, y la medicina era una profesión deseable. Después pasé por otras carreras: sociología, historia del arte, hasta que finalmente me quedé en historia. Fue una decisión de una persona adulta, no es que terminé la secundaria y dije “me encanta la historia”. No, fue una decisión de una persona más madura. Uno siempre trata de pensar qué es lo que lo llevó a estudiar historia y yo lo relaciono con esos viajes iniciáticos que uno hacía en la década del setenta. Había viajado por Bolivia, Perú y Chile y empezaba a mezclar lo social con lo político con el interés por el pasado y en ese momento, estando en la carrera de historia del arte, me pasé a la carrera de historia. Yo diría que el motor que me llevó a estudiar historia fue, ante todo, la necesidad de vincular el presente político y social. La elección no tuvo nada que ver ni con lecturas ni con motivaciones por parte de profesores que fueran interesantes en la escuela secundaria.

O sea que el momento candente de los años setenta tuvo que ver en la elección...

ML: Me parece que sí, porque los historiadores sociales –por lo menos los historiadores sociales que tenían algún interés por las clases populares– estaban muy impregnados de política. Y la historia social, aunque no esté muy cultivada hoy, me parece que tiene ese vínculo fuerte con la política. No la política en términos de partido –aunque hay

historiadores importantes, sobre todo los marxistas británicos, que han estado vinculados al Partido Comunista, estoy pensando en Hobsbawm, Thompson– sino el interés por la política en términos generales, y cómo ésta influye en la vida de las personas. Las prácticas políticas, los modos de hacer política, las relaciones tanto de los individuos o de los grupos con los partidos políticos o con las asociaciones o con el Estado.

Usted estudió primero medicina, luego sociología, finalmente historia. ¿Qué recuerda del ambiente universitario en esos años? ¿Cómo eran esos espacios?

ML: Bueno, los espacios más vívidos en la memoria de una persona están relacionados con aquellos en donde uno se siente en parte protagonista. Cuando yo empecé medicina lo hice en la ciudad de Córdoba y estaba preocupada por mi subsistencia más que por la carrera. No fue un paso fugaz, porque fueron varios meses, pero sí fue un momento donde mis preocupaciones eran otras. Cuando empecé las otras carreras, en Buenos Aires, fue distinto. Cuando me pasé a historia, en 1971 o 1972, se vivía un momento político interesante por la cantidad de cosas que pasaban en la sociedad argentina. El ambiente universitario era muy chato intelectualmente y no puedo decir que algún profesor me haya impactado, pero sí había efervescencia política. Por otro lado, en esa época uno no tenía muy claro qué iba a hacer como estudiante. Si uno piensa qué es lo que pasó en el campo intelectual, en el campo profesional en la Argentina desde 1983, lo que encuentra es que hay carreras, sistemas de becas y de publicaciones... Un camino que los jóvenes necesitan seguir para convertirse en historiadores. En mi época de estudiante la idea de ser historiador o historiadora estaba muy lejana. Yo iba a la facultad porque me interesaba estudiar, era un ámbito de sociabilidad –también de sociabilidad política–, era un ámbito efervescente pero donde había pocas cosas que a uno le interesaran...

¿Pero cómo cultivaban el interés por la historia?

ML: Uno cultivaba el interés en función de retazos de cosas que le interesaban. Ustedes saben que no todas las materias que uno hace le interesan. Yo encontraba algunas materias que disfrutaba, de otras disfrutaba partes, algunos textos que leía... En realidad mi formación fue en los años oscuros de la dictadura y no en la universidad, sino en los grupos de estudios en donde leíamos a autores como Thompson, Luisa Passerini, Hobsbawm. Algunos de los grupos eran más formales y otros más informales, entre amigos nos juntábamos a discutir cosas. Podría decir que el momento en que hice mi carrera fue menos estimulante que los grupos de estudios informales que se hicieron en la época de la dictadura, cuando en la universidad no se podía estar.

¿Se sentía la presencia de un Estado opresor?

ML: Bueno, hay una anécdota, pero no nos pasó a nosotros: un grupo de estudiantes que estaba leyendo a Alain Rouquié fue denunciado a la policía como una casa en donde había reuniones extrañas... Pero no es que el Estado estuviera pendiente de lo que uno hacía. Uno se reunía, tomaba café, leía textos y los discutía, trataba de traer la novedad y discutir esa novedad o discutir lo que le interesaba. La vida se desarrollaba así, entre el temor a que se lo considerara a uno parte de una célula subversiva, y el gusto por la discusión. No sé si el brazo del Estado estaba pendiente de lo que esos grupos hacían...

¿Había una finalidad política en esas reuniones?

ML: No, no, no, eran reuniones puramente intelectuales. Se trataba de la búsqueda de ciertos conocimientos, ciertos abordajes, ciertas formas de pensar el pasado. Yo participaba en las lecturas de historiadores que después fueron para mí importantes, como E.P. Thompson.

¿Los dirigía alguien a los grupos?

ML: Leandro Gutiérrez, por ejemplo. También nos juntábamos con Diego Armus, con Eduardo Míguez... no sé si ellos lo recordarán. Eran grupos que se armaban y se desarmaban. Eran como una universidad paralela que en el campo de la historia social no se hizo solamente en Argentina, aunque nosotros lo hicimos bajo la dictadura. El historiador Geoff Eley escribió un libro titulado *La línea torcida*, en donde él reflexiona sobre qué es ser historiador y también recuerda sus años formativos al margen de la universidad en Inglaterra... No sé, me parece que hay ciertos contextos históricos, como los años sesenta y setenta –en nuestro caso impactados por la presión de la dictadura–, en los cuales ciertas inquietudes encuentran un espacio al margen de las instituciones universitarias, que aparecen como más estructuradas, más ordenadas, más estabilizadas en términos de los conocimientos y de los abordajes.

Volvamos a la universidad. Usted fue estudiante y ahora es profesora. ¿Percibe hoy algo distinto en el ambiente de los estudiantes comparado con el de su época? En cuanto a lo que leen, a las inquietudes intelectuales o búsquedas de espacios... ¿Se mantiene un interés vivo?

ML: A mí me parece que siempre hay un interés vivo, aunque ese interés esté movilizado por cosas distintas. Me parece que hay una diferencia importante con la época en la que yo fui estudiante: el horizonte de estudios sostenidos por sistemas de becas, llámese CONICET o el nombre que tenga, hace que hoy uno sea más organizado y previsor de los pasos que va a dar. En cambio nosotros, al menos yo... no es que no quisiera ser historiadora y trabajar como historiadora, pero hice mi carrera trabajando nueve horas y viajando dos. No era una estudiante full time, y además el sistema de becas no era tan visible para mí. En ese sentido, sí veo una diferencia. Tal vez cuando yo era estudiante sí había otros estudiantes que tenían ese horizonte... pero me parece que la mayoría no, y sobre todo la mayoría de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires –pero no sólo de ella–, donde hay muchos estudiantes que trabajan durante muchas horas. Yo me dedicaba a trabajar y en el tiempo libre estudiaba. Además iba al cine, me divertía, salía con mi novio...

Y tiempo para leer...

ML: En el colectivo, en el 60. Yo vivía en el centro y trabajaba en Villa Adelina. Iba en el colectivo leyendo.

Y en cuanto a las lecturas. ¿Uno podía conseguir el libro que quisiese? ¿Estaba al tanto de cuál era la literatura del momento?

ML: El sistema universitario se sigue manteniendo sobre la base de los apuntes, las bibliotecas eran y son un poco insuficientes, aunque yo consultaba bastante la biblioteca, sobre todo la de mi facultad. De todos modos destinaba una buena cantidad de dinero a comprarme libros, no estaba tan pendiente de las fotocopias, porque había libros que me gustaba leerlos, tenerlos, subrayarlos, manosearlos y esa posibilidad solamente la tenía con el libro. Tengo una reacción un poco adversa a la generalización de las fotocopias y de los apuntes, pero las bibliotecas no estaban actualizadas, como no lo están ahora, sobre todo en el sistema universitario estatal. La formación de los estudiantes se basa en los libros que compramos los profesores y llevamos alegremente a la fotocopidora...

Usted hizo la carrera estudiando y trabajando. ¿En qué momento empezó a dedicarse de lleno a la lectura, a la escritura y a la investigación?

ML: En 1982 yo estaba dando clases en colegios secundarios. En 1985 conocí a Hilda Sabato y ahí me integré a una materia en la Universidad de Buenos Aires y obtuve una beca

de un año en el CONICET. Aproveché para subirme al último vagón de un tren que es el tren de la profesión, leyendo y tratando de recortar un tema de investigación. En 1987 obtuve una beca de perfeccionamiento, que es con la que hice el proyecto para el libro *La vida en las fábricas*, que fue mi tesis doctoral. Tuve dos años de beca, disfruté de esos dos años, y en 1987 concursé para profesora. Creo que ahí se dio el cambio. Dejé las escuelas secundarias y empecé a trabajar, por un lado, en una materia que implicaba muchas lecturas, mucho trabajo para la organización y el dictado de las clases, y al mismo tiempo empecé a desarrollar una investigación más sistemáticamente. Toda investigación requiere de cierta sistematicidad, de cierta dedicación. Ahí se dio el cambio.

Hay quienes sostienen que el relato histórico es una forma de la literatura, o sea, no menos ficticio que una novela o un cuento. ¿Cuánto hay de creación, de subjetividad, en la escritura de la historia?

ML: El historiador interpreta siguiendo los indicios del pasado y construye un argumento a partir de esa interpretación. Me parece que la forma de hacer historia típica del siglo XIX, donde se suponía que había una objetividad que era clara, visible, y que el historiador no intervenía, ya hace muchos años que ha perdido vigencia. La subjetividad del historiador interviene en la construcción de su objeto, en la formulación de sus interrogantes, en las elecciones, a tal punto que un mismo documento puede ser leído de manera contradictoria. Me parece que en los historiadores esta preocupación ya no está tan presente aunque algunos sigan pensando del viejo modo. La voz del historiador se escucha en el relato, pero esto de ninguna manera implica pensar que las narrativas históricas son otra forma de ficción. Porque las reglas de la ficción son diferentes de las reglas del historiador. Me parece interesante que la subjetividad esté presente, aun cuando uno hace historia “dura”, como la historia económica, donde se supone –aunque no sea así– que los datos dan cuenta de algo por sí mismos... también allí está presente la subjetividad del historiador. Eso afectó particularmente a la historia social, porque desestabilizó el mundo de las certezas en el que se movía...

¿A qué se refiere con “desestabilizó”?

ML: La historia social tiene varias vertientes, pero una de ellas, la que a mí más me ha impactado, es la de los marxistas británicos. Tenía un núcleo duro de investigación, un centro, ligado a la historia de los trabajadores y sobre todo a la historia de las organizaciones sindicales. Pensando en el mundo del trabajo, eso constituyó el centro de la historia social. En los ochenta, sobre todo en el caso británico, el contexto –el impacto neoliberal, el papel de Margaret Thatcher, y también lo que estaba pasando dentro de la

propia disciplina histórica–, hizo que la práctica de la historia social perdiera dinamismo y ese núcleo duro también se vio afectado. Toda la discusión de “clase” –que en el caso británico había empezado antes, a fines de los años cincuenta– hizo que hubiera cierta incertidumbre: qué hacer, cómo hacer... eso quiero decir con desestabilizante. También impactaron las discusiones feministas, los estudios de las mujeres, los estudios de género. Luego de eso, uno ya no puede pensar la disciplina historia –tampoco la sociología o la antropología– del mismo modo.

O sea que la lectura de los marxistas británicos marcó en su caso un punto de inflexión...

ML: Sin dudas. Yo no pude haber escrito *La vida en las fábricas* sin haber leído a Thompson, a Hobsbawm, a Samuel, luego a Raymond Williams... Incluso a Foucault, aunque yo no soy tan foucaultiana en mi modo de pensar, aunque la fábrica en algún momento fue para mí como una prisión...

En sus textos aparece más como un espacio de interacción...

ML: De interacción y donde los trabajadores ejercen sus capacidades. Pero sí, todas esas lecturas... que son de algún modo lecturas anárquicas, en el sentido de que uno va tomando de un lado y de otro hasta que se arma un mapa que le permite desarrollar su investigación. No existe eso del marco teórico al principio. No, es un proceso de búsqueda, en ese proceso de búsqueda uno construye su objetivo de investigación, sus interrogantes, las teorías de las cuales uno se va alimentando y las herramientas con las que va a trabajar.

Ya que menciona esto. Al principio se dedicó a la historia social, pero luego dio pasos hacia la historia de género...

ML: Es que a mí no me parece que sean opuestos, se trata de la misma vertiente. La historia social me llevó a pensar el lugar de las mujeres en el mundo del trabajo. Entonces leí algunas historiadoras feministas y pensé que para estudiar el mundo del trabajo tenía que estar atenta a la dimensión de las relaciones de género. El concepto de género apareció después, en un texto de Joan Scott de 1985 que habla del género como categoría útil para el análisis histórico. En el año 1989 yo saqué una beca CLACSO mujer, que era un programa destinado a la formación sobre las temáticas de mujer. Sistemáticamente las lecturas sobre estudios de mujeres y de género, pero yo para esa época ya tenía avanzado el análisis de las obreras del frigorífico Armour, o sea que mi cabeza ya empezaba a formarse en esa

dirección... Pero de nuevo, no me parece que la historia social no lleve a los estudios de género. Al contrario, pienso que los debates feministas entre los marxistas británicos, los debates feministas obligan a repensar las relaciones de género en el mundo del trabajo. Es de adentro de donde sale ese repensar el problema. De hecho hay un texto de Samuel que yo leía en esos años, primero en unas versiones fotocopiada en inglés hasta que se tradujo el libro, *Historia popular y teoría socialista*. Ahí estaban las polémicas de Ann Davin, que es una historiadora feminista británica...

De alguna manera la historia de género tiene una trayectoria larga, aunque parece como si se institucionalizara recién hoy...

ML: Bueno, sí, es que se institucionaliza en los ochenta y en los noventa, pero los debates entre historiadores, entre las historiadoras feministas –porque en su mayoría eran mujeres, aunque hay hombres feministas– entre las historiadoras feministas socialistas... es muy anterior. Lo que pasa es que la institucionalización de los centros de estudios de mujeres y de género lleva a todo un campo que es efectivamente más reciente. Además se da el pasaje de “mujer” a “género”. Yo utilizo la expresión “género” porque explicita la necesidad de analizar las relaciones entre varones y mujeres. Después esto tiene otras derivas, los estudios *queer*, por ejemplo. La institucionalización a nivel global es de los años ochenta y en Argentina de fines de los ochenta. De hecho en Argentina participé de un instituto que se creó en los noventa, el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras.

¿Y en qué estado se encuentran estos estudios? ¿Qué balance se puede hacer de estas décadas?

ML: Me parece que el sector que se ha vuelto más dinámico proviene del campo de los estudios de género. Nos ha obligado a repensar la política, las instituciones, las formas de la ciudadanía, el mundo del trabajo... En realidad revolucionaron las ciencias sociales. La verdad es que producen un impacto muy grande, obliga a pensar por ejemplo cuál es el significado de salario, qué quiere decir trabajar, qué pasa con el matrimonio, qué pasa con el poder, el poder que se ejerce en las fábricas, en las sociedades, en la escuela. Obliga a repensar todo. En ese sentido, diría que el balance es positivo, pero uno no se tiene que conformar con eso.

Me imagino que también se trata de ver cuál fue la construcción que hizo el relato histórico acerca del lugar de la mujer en la sociedad...

ML: Sí, también. Ahora, por ejemplo, Felipe Pigna saca un libro que se llama *Mujeres tenían que ser*, que es best-seller. Y no es que estoy en contra de los best-sellers pero hace cuarenta o cincuenta años que sociólogas, demógrafas, historiadoras están colocando la temática. Por ejemplo, si uno piensa en los modos en que se hacen las encuestas sociales en el Ministerio de Trabajo ve que se han ido incorporando preguntas específicas que hacen al lugar, a la posición de varones y mujeres a partir de los debates planteados en los años sesenta. Lo que quiero decir es que ahora hay una audiencia más disponible a escuchar estas cuestiones. Disponible para leer a la sociedad en términos de una presencia femenina pero no tan disponible para escuchar las demandas feministas.

¿Una sociedad aún conservadora?

ML: Sí, aunque lo que digo es que hay más predisposición “para” pero esto no necesariamente puede ser generalizable. Se puede escuchar mucho esto: “Sí, yo defiendo a las mujeres pero no soy feminista”. Pero, ahora, ¿qué son los feminismos? Porque no hay uno solo. Decimos “la defensa del derecho de las mujeres”. Ahora, fíjense, se habla de los derechos de las mujeres y de las mujeres trabajadoras pero cuántas representantes de las mujeres hay en la CGT, ¿no?

Tal vez hoy la política sea el espacio en donde las mujeres han podido avanzar más...

ML: Sí, en el plano político, en el plano de las instituciones políticas y en el plano de la representación política, el cupo femenino se tradujo en la mayor presencia de las mujeres en el Congreso. Y también en los poderes ejecutivos, desde la presidente hasta los municipios y los ministerios. Pero también es interesante pensar esto: una mujer no garantiza una política para las mujeres. Aunque, en este punto, también es cierto que se generan ciertas redes que permiten discutir un poco mejor sobre algunas posturas de los hombres.

Volviendo al tema de su trabajo sobre las fábricas, quisiera preguntarle por su experiencia en Berisso...

ML: Siempre me resulta interesante hablar de Berisso. Aunque yo trato de irme de Berisso, de algún modo siempre vuelvo por la cantidad de problemas en los que uno puede trabajar a

nivel local pero que tienen esa función de ser representativos de algunas cosas más generales. Mi experiencia en Berisso fue muy fructífera, por lo menos en términos personales. En principio, porque me permitió hacer una tesis que fue *La vida en las fábricas* trabajando muy a gusto. Esto es, pensando lo que pasaba dentro de la empresa, buscando información que fuera cuantificable pero también prestando atención a las obras literarias, a las fotografías como disparadoras de recuerdos en los talleres de Historia Oral – aunque no había desarrollado ahí un análisis de la imagen fotográfica de manera profunda–. Utilicé la herramienta de las entrevistas sobre todo formando esos talleres para hablar con los ancianos de diferentes nacionalidades sobre sus experiencias en el trabajo. Me enfrenté a la relación dentro de las fábricas de las cuestiones étnicas, esto es, ver a los grupos étnicos nacionales y también a los nativos. Aunque yo en esa época tenía mucho más fuerte la idea de la historia social sin la política tuve que abordar la política en los sindicatos en relación con la política nacional. Esto también me permitió pensar en el lugar de las mujeres en el mundo del trabajo.

También esta investigación sobre los frigoríficos *Swift* y *Armour* y la textil *The Patent Knitting Company* me hizo trabajar una enormidad porque en historia no había muchas investigaciones sobre las mujeres. Entonces hice toda una serie de exploraciones que me servían para analizar qué era lo que pasaba en las fábricas con el trabajo asalariado femenino, pero también qué pasaba *fuera* de las fábricas. Esto es: el trabajo en el hogar, el trabajo doméstico con un salario, cómo las familias obreras articulaban su vida. Berisso es muy atractivo para todo esto.

Nos intriga mucho saber cómo hizo para abarcar todas estas cuestiones...

ML: Fue una experiencia larga pero yo no estaba presionada por los tiempos. Me llevó diez años hacer la primera investigación. No era que tenía que entregar una tesis en cuatro años o me tenía que apurar por algún motivo. Pertenezco a otra generación en donde los tiempos eran mucho más lábiles. Yo entiendo que ahora es mejor en este punto: un joven que termina su carrera está pensando ya en un tema para pedir una beca doctoral, para hacer su doctorado en cinco años porque después tiene publicar un libro, porque si no lo publica no puede entrar en una beca post doctoral...

Tal vez está desapareciendo el modelo de historiador erudito, pensemos en Braudel: casi toda una vida dedicada a una investigación...

ML: Claro, el modelo que uno tenía era hacer “el” trabajo. Después uno en el desarrollo de la investigación sabe que está haciendo “un” trabajo. “El” trabajo encima no lo juzga uno

sino los demás. Pero las condiciones de trabajo, el desarrollo de la universidad en la Argentina y los recursos disponibles también van moderando las expectativas. Lo que nosotros queríamos hacer era un trabajo que fuera decente, fundamentado, que mostrara que efectivamente habíamos hecho todas las investigaciones necesarias para poder demostrar lo que se quería demostrar. En síntesis, un buen trabajo de historiador. Sin embargo, cuando el sistema científico funciona con las reglas puestas por las ciencias duras –que no son iguales a las sociales– todo esto va cambiando. Existen los plazos de edad y se trata de manejar mejor los tiempos...

Ya que estamos hablando sobre becas, tiempos e investigaciones personales. ¿Cómo fueron sus experiencias de estudio y de trabajo en el exterior?

ML: Siempre estuvo Berisso en el medio de las becas en el exterior. El proyecto que estamos desarrollando sobre Berisso con Daniel James sí tuvo un subsidio importante del *National Endowment for the Humanities*. Eso me permitió viajar a los Estados Unidos: estuve en la Universidad de Duke y después en la de Indiana. Básicamente lo que a mí me resultó muy estimulante fue la posibilidad de ir a las bibliotecas y de encontrar todo lo que necesitaba. También, la posibilidad de estar unos meses sin dar clases y poder dedicar todo el tiempo para pensar, leer y escribir cosas que cuando uno está en Buenos Aires no lo puede hacer. La beca *Guggenheim* me permitió seguir en parte el proyecto de Berisso –en conjunto con James– y hacer el libro de *La prensa obrera* que yo quería hacer por razones académicas y afectivas. Pero en el medio saqué *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)* que era el libro que también quería hacer por todo lo que me había faltado cuando publiqué *La vida en las fábricas*. De esta forma, fui tapando los agujeros que me planteaba mi propia investigación. Hace como dos años también estuve en Alemania, en el Instituto Iberoamericano de Berlín, y ahí empecé a pensar la cuestión de la educación afectiva en las clases populares: cómo se enseña –o no– a expresar afecto, es decir, cómo se aprende a decir “te quiero”, “te odio” en las clases populares.

¿Cómo se repone la experiencia cultural o social de las personas que uno está estudiando? ¿Cómo se pueden reconstruir las vivencias?

ML: Bueno, siempre está la duda y siempre hay un margen para eso. Uno se acerca desde el lugar que no es exactamente las clases populares. A ver si puedo simplificar: cuando yo hice una entrevista en Berisso, la gente –las mujeres y los varones– me hablaban de los muebles, del poder adquisitivo, de lo que el salario permitía. Ése es un modo también de acercarte a las condiciones de vida de las familias obreras. Sin embargo, yo nunca había podido ver el interior de una pieza de conventillo o de un rancho de fines del siglo XIX, por

ejemplo. Entonces, bueno, cuando encontré una fotografía y en ella podía ver el tipo de adornos en las paredes, eso te habla de una cierta sensibilidad. Ahora, es un fragmento y tenés que arriesgarte a una interpretación. Pero bueno, ¿por qué no hacerlo? Por eso, yo creo que todo lo que tiene que ver con el mundo sociocultural de las clases populares es un mundo que se apoya en “pedacitos” de historia que te permiten imaginar cómo podría haber sido su experiencia...

¿Por qué a veces se refiere a “clase obrera” y otras a “clases populares”?

ML: Yo los uso indistintamente. “Clase obrera” tiene que ver con una cuestión más de organización de los trabajadores, pero también uso “trabajadores”, “clases populares”, “clases subalternas”. Eso no quiere decir que yo no sepa que hay una especificidad del lenguaje. No se trata de que los esté oponiendo, no voy en esa dirección. Los uso casi como sinónimos. Pero soy consciente de que esto genera problemas. Por ejemplo: ahora está muy de moda hablar de las clases medias. Pero yo hago siempre la misma pregunta: ¿las clases medias no trabajan? Eso para que quede claro por dónde anda mi cabeza: cuando me remito a “clases populares” justamente no estoy pensando en la élite, en la burguesía, en los patrones, en los capitalistas...

¿En qué estado se encuentra su proyecto con Daniel James sobre Berisso?

ML: Todavía no lo hemos terminado. Pero ahí estamos, experimentando y trabajando sobre algunos problemas. Por ejemplo, cómo se construye la identidad de los santiagueños migrantes en la localidad de Berisso; el problema sobre la cuestión de la fotografía y la construcción de las identidades; cómo se trabaja con la noción de patrimonio y de legado histórico en una comunidad con las características de Berisso; cómo se construye la identidad de una calle como la Nueva York, entre otros. Por ahora, estamos trabajando en esto y supongo que en algún momento lo terminaremos. Por otra parte, sin dudas, este proyecto condensa en parte los cambios intelectuales de él y en parte los míos porque las tradiciones académicas no son iguales y esto también es bueno. Se trata también de un aprendizaje de los dos lados y esto no es fácil. Yo creo que por un lado pertenecemos a tradiciones distintas, en términos de recorridos profesionales, pero hay un punto en común que es la lectura de los marxistas británicos. Tenemos un lenguaje común, a pesar de que a veces nuestras diferencias son importantes, y esto nos permite entrar en diálogo y trabajar conjuntamente. Como en el matrimonio, uno negocia permanentemente, en este caso para poder trabajar mejor.

En este proyecto, ¿qué pudieron ver de la mezcla cultural entre los migrantes internos, los extranjeros y los trabajadores nacidos en Berisso?

ML: A mí me gusta la idea de una sociedad de mezcla pensando justamente en una localidad como Berisso donde se mezclan las experiencias europeas y asiáticas con las de santiagueños y correntinos. En este sentido, es importante pensar algo que decía Hobsbawm que es que las personas que viajan, llevan en su valija una cultura que se rearma en el otro lugar. Entonces, los migrantes santiagueños, por ejemplo, van a organizarse en el *Centro de Residentes Santiagueños*. Ahí hay que trabajar un problema: cómo van construyendo su propia identidad santiagueña en el marco de las instituciones –en el Centro-, pero también en lo que hacen, en su trabajo fuera del Centro, en Berisso. Éste es un ejemplo de cómo se van construyendo identidades en esta localidad donde la inmigración es muy fuerte. No obstante, se trata de un trabajo de investigación difícil: nosotros hemos ido a Santiago del Estero y entrevistado a familias santiagueñas, hemos estudiado temas de folklore, hemos entrevistado a santiagueños en Berisso, analizamos algunas canciones, etc. En este caso, el historiador tiene que estar abierto a aceptar los múltiples desafíos que plantean los propios interrogantes. En otras palabras, descubrir con qué elementos, con qué indicios, va a responder sus propios interrogantes. Y esto va más allá que leer o analizar un diario.

Para finalizar, quisiéramos preguntarle por su último libro, la compilación de *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*. ¿Cómo surgió la idea de este libro?

ML: Lo que nos interesaba a nosotros era ver cómo se expresaban en la calle los conflictos que tenían lugar en diferentes dimensiones. En este sentido, yo estaba habituada a pensar a los trabajadores: dónde se manifestaban, cómo se manifestaban, qué hacían, cómo se organizaban. Busqué entrar por ese lado, es decir, cómo determinados lugares se convertían en espacios de convocatoria para la reunión de las personas. Ése fue el primer motivo. Ciertamente, tanto Silvana Palermo como yo estábamos pensando en el mundo del trabajo. Pero Mariela Rubinzal, que participó en las primeras discusiones, estaba colocando a los nacionalistas católicos en el mismo espacio de confrontación de estas ideologías más radicalizadas. Ése fue un motor. El otro fue pensar el espacio de la ciudad a partir de los conflictos del presente que son conflictos cotidianos. Una ciudad donde se expresan tanto los conflictos locales, los de la propia ciudad, como los conflictos nacionales, por ser la Capital Federal. Así fue como comenzamos a pensar esa ocupación del espacio urbano que no siempre había sido la Plaza de Mayo. En algunos casos, se había dado en el Congreso, en la Plaza de Mayo, en la zona de Barracas o en las casas de los políticos de turno. Tratamos de ver como se había ido produciendo otras situaciones de conflicto que, a su vez,

iban privilegiando espacios distintos. Pensando en este problema, me quedaba un poco afuera el peronismo –a partir de la movilización del 17 de octubre– y por eso decidí colocar ahí, como un intersticio, una fuente, un documento. Sin embargo, la investigación no sólo pretendía ver cómo se manifestaban en el espacio diferentes sujetos o colectivos sino cómo esto estaba articulado con los derechos, con demandas por los derechos. Ésta es la idea en general. A mí me parece que el libro ayuda a pensar la calle y la plaza como escenarios de demandas políticas de todo tipo.